

EL ARTE DE CONTAR VERDADES

Sergio Ramírez

Hay diferentes puertas para entrar a un país y enterarse de sus realidades. Pueden ser las estadísticas económicas y los índices sociales, o la voz de un versado analista político, o la de un sociólogo, la de un académico. De eso tenemos todos los días en los periódicos, en las redes y en los programas de televisión que se ocupan constantemente de Venezuela. Pero no es suficiente.

Ninguna de estas puertas logrará llevarnos a la profundidad entera de un país que no pocas veces nos deja perplejos debido a sus complejidades asombrosas y a las sorpresas que nos depara. Son demasiado estrechas, y sólo lograrán acercarnos a una visión o demasiado fría, o parcial, o fragmentaria, mientras que lo que siempre buscamos es la visión de conjunto, formada por diversas capas o niveles, que pueda contentar nuestro deseo de enterarnos; y al enterarnos saber, y al saber entender. Nunca vamos a darnos por satisfechos con el conocimiento volátil, o superficial, sino con aquel que nos lleve a la comprensión entera.

El largo viaje inmóvil de Doménico Chiappe es un libro compuesto por una serie de crónicas acerca de Venezuela escritas a lo largo de varios años, y que, como un friso en movimiento, ofrece al lector esa visión provocadora e inquietante que buscamos para enterarnos de lo que pasa en ese país que, al menos desde comienzos del presente siglo, ha estado intensamente en las noticias cotidianas, desde el ascenso al poder del comandante Hugo Chávez hasta su muerte, y ha seguido estando luego mientras su proyecto mesiánico entra en el ocaso, en medio de una creciente debacle que llena de desasosiego, y a la vez de esperanzas.

Asistimos a un drama cuya intensidad no podemos medir solamente a través de los índices de inflación, de los déficits provocados por el desplome del precio del petróleo, de la caída de las reservas bancarias, del caos de los tipos de cambio; ni a través de las noticias sobre el desabastecimiento de alimentos y artículos básicos de consumo, de los reportes sobre la inseguridad y la violencia, y la inevitable corrupción que ha traído consigo la centralización estatal; ni tampoco a través de las noticias sobre las medidas tan evidentemente insuficientes del gobierno para paliar la crisis, cuyo origen se encuentra en el modelo mismo que se ha intentado aplicar por tanto tiempo, con testarudez ideológica.

Y sabemos también del alcance político de esa crisis, porque la decisión democrática de los votantes en las últimas elecciones legislativas, al dar una inmensa mayoría a la oposición, en lugar de servir como una vía de entendimiento, que abra la posibilidad de un diálogo nacional para evitar el viaje hacia el abismo, lleva a los gobernantes a la insensatez de buscar a cada paso mecanismos para anular a la Asamblea Nacional.

Por las cifras y por las noticias sabemos, pero no entendemos. Estas crónicas de Doménico nos hacen descender al subterráneo de los acontecimientos, porque pasan revista de la realidad social diaria, vista en su conjunto, pero sobre todo poniendo el foco en la vida de los individuos que, como actores del drama, atrapados en la red de los acontecimientos, experimentan cada día la violencia en las calles, la represión policial, abierta y encubierta, la búsqueda desesperada de los artículos de sustento que se esfuman de los estantes.

Y en ese entramado, la lucha a muerte de una mujer, entre asaltos a balazos, por defender el derecho a un apartamento de la Misión Vivienda; misses coronadas en los concursos de belleza que son una industria nacional; los músicos juveniles vistos en la bruma de la nostalgia; ministros destituidos al apenas cambiar de despacho; el boxeador llevado al manicomio por el abuso de las drogas; el galán de las telenovelas que termina en el asilo; las historias íntimas de la vida de los policías contadas por ellos mismos, y el viaje final a la morgue de Bello Monte, que es como el descenso a los infiernos.

Es una crónica del todo, al que se penetra a través de las partes, y los procedimientos de la escritura varían. Un retrato sentimental a pluma, que nos da la imagen decisiva de Teodoro Petkoff, atrincherado primero en su periódico *TalCual*, resistiendo los embates del poder, y reo después de la venganza oficial con el país por cárcel; la voz de los personajes que filman a escondidas detrás de las cortinas la represión brutal contra los manifestantes en las calles; la transcripción de un diálogo de amas de casa sobre los productos que no hay en los comercios, dónde buscarlos, y cómo los intercambian entre sí, nos enseña la manera en que se tejen las redes de sobrevivencia. Pero son piezas que bien podrían ser eslabones de una novela polifónica. Voces sueltas, voces en coro, voces en contrapunto.

Y pongan atención a las crónicas del funeral de Chávez, una de ellas Largo viaje inmóvil, que da título al libro. Los puntos de vista para entrar en el comportamiento de la multitud desbordada son variados, y siempre penetrantes, y el cronista parece situarnos con él en diversos puntos del recorrido de la procesión que parece no avanzar, para que alcancemos una vista de cámara cinematográfica, unas veces metida dentro de la gente, otras desde lo alto, sostenida por una grúa; pero siempre estamos oyendo voces, que son las que nos informan, y veremos a la cauda de motociclistas dolientes buscando acercarse inútilmente al féretro.

Doménico se graduó de oceanógrafo en el Instituto Universitario de Tecnología Marina de la Isla de Margarita, lo cual me explica la virtud que tiene de poder ver debajo del agua. Porque este universo que describe es submarino, además de subterráneo, poblado de criaturas cuyas vidas nos dan las claves del mundo tan revuelto y agitado que habitan, y en el cual sobreviven, en espera de mejores tiempos.

Y al lado se encuentra su oficio periodístico ejercido por varios años en diversos medios de Caracas, donde aprendió el arte de la crónica es su sentido más moderno, y más útil a las necesidades del lector: la crónica que es la totalidad, alcanzada a través de la diversidad.

Y también es novelista, lo que explica que el arte de contar ficciones lo aplique al arte de contar verdades, prestando a la crónica procedimientos de la novela, sólo para que resulte más atractiva, algo que consigue con creces en este libro.